

DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ECIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XI)

Octubre 2016
Ramón Freire Gálvez.

Quiero recordar, que en algún que otro artículo mío, dejé dicho, tal como me comentó un amigo mayor que conocí durante mi estancia profesional en Málaga, *que el ser humano se sacia de todos los vicios, menos de dinero* y digo esto porque lo de apropiarse indebidamente de lo ajeno, robar en términos coloquiales, no es nuevo de ahora, aunque quizás en estos tiempos, debido a los periodistas de investigación y actuaciones policiales, estemos más al día de lo que le gusta el dinero a muchas personas, de alta o baja alcurnia y mucho más, cuando es de fácil acceso, ya sea por uno u otro motivo. Por otro lado, en relación con la noticia que abrirá este capítulo, me pregunto: ¿A cuánto equivaldría hoy medio millón de las antiguas pesetas (30.000,00 euros hoy) del mes de Enero de 1931?

Yo no lo sé, pero doy una pista, a mi abuelo paterno, en los años 1940, le correspondió, en el primer premio de la lotería nacional, un millón de pesetas y por menos de la mitad, es decir, por menos de quinientas mil pesetas, le ofrecieron un molino con trescientas aranzadas de olivo (que por no entender de campo no llegó a comprar), así, que cada uno haga el cálculo que tenga a bien, pero una cosa es cierta, era mucho dinero para la fecha que nos ocupa, las citadas quinientas mil pesetas.

Y esa fue la cantidad a que ascendió una estafa perpetrada en Écija y que se recoge en el ***Diario La Voz del sábado 3 de Enero de 1931***, que dice así:

LA VOZ EN ECIJA. UNA ESTAFA IMPORTANTE. Lo estafado asciende a más de medio millón de pesetas. Un "affaire" sensacional y escandaloso cometido por una conocidísima persona de esta ciudad, está ocupando hace unos días la actualidad en Écija y que se ha descubierto hace un mes. Hasta hoy se ha venido guardando gran reserva sobre este escandaloso asunto para no entorpecer la acción de la justicia, pues esta ha dado orden para la busca y detención contra el autor del hecho. Hay muchos perjudicados, entre ellos los dos bancos de esta población.

El asunto constituye la palpitante actualidad del día. Al transcurso de los días, se



descubren nuevas hazañas del autor de estos hechos, que amparado en la aureola de persona de posición desahogada económicamente y de prestigio, venía abusando de la buena fe de sus amistades.

Parece ser, por indagaciones practicadas, que tales hechos veníanse preparando hace unos cuantos años -seis o siete- en cuya fecha ya se falsificaron firmas para negociar letras en un determinado establecimiento bancario. Días antes de llevarse a cabo el descubrimiento de la importante estafa, el autor, hizo una supuesta venta de unos bienes que tenía a su nombre, inscribiéndolos al de su madre, contra la que también se siguen varios procedimientos en este Juzgado. Este ha procedido al embargo de todos los bienes, entre ellos muebles y enseres de los domicilios de madre e hijo. Se desconoce el paradero de valiosas joyas propiedad de este último.

Este desapareció de Écija el 10 de Noviembre y creen que se encuentra en Grecia. Otros por el contrario, aseguran que en los gobiernos civiles no se ha expedido pasaporte alguno para dicho individuo y creen no debe encontrarse muy lejos de esta población. Relacionado con este asunto, hace unos días estuvo aquí un abogado madrileño para tratar sobre una transacción ante la madre del individuo desaparecido y una entidad muy conocida, una de las más perjudicadas.

Se ignora si se ha llegado a un acuerdo, aunque parece ser que sí, cuando se habla de arreglo y dicha señora ha nombrado abogado a un conocidísimo letrado de Córdoba. En el Juzgado, como es de esperar, guardan absoluta reserva y la información que damos es recogida por particulares. En un voluminoso sumario han depuesto numerosas personas que por sus cargos y relaciones, se espera puedan facilitar datos de extraordinario interés para la justicia.

Lo estafado asciende a la respetable suma de más de medio millón de pesetas, resultando los perjudicados muy numerosos, entre ellos personas de posición modesta que entregaban el dinero a este individuo, confiando en la posición económica muy halagüeña al parecer y en la solvencia de la madre.

También se ignora el paradero de un auto de la propiedad del desaparecido, creyéndose lo haya utilizado para efectuar la fuga. Hace unos días se ha vendido una finca para pagar, con su producto, una crecida suma al Banco de España en Sevilla, de unas letras que dicha entidad tenía en cartera contra el individuo de referencia y su madre. Dos días antes de la desaparición, se firmó una escritura de venta de una parte proindivisa de finca, con cuyo dinero, creen se ha fugado el autor de este "affaire" escandaloso, que está llenando la actualidad de estos días. HELIO".

¿A quienes se refiere el periodista, cuando menciona al hijo y a su madre? Si bien no reseña nombres alguno, algunas personas de Écija lo conocen y yo también, pero como quiera que hay descendientes de ellos entre nosotros y que ninguna culpa tuvieron de la actuación de sus antepasados, hago como el periodista, me los reservo y sigue su identidad en el mayor de los secretos, por lo menos, por mi parte.

Voy ahora con un acto republicano celebrado en **La Luisiana el día 14 de Junio de 1931** y que aparece recogido en **DIARIO DEL SUR del día 19 del citado mes y año**, Sección Política, bajo el título de LA LUISIANA. Grandioso acto y dice así:

"El día 14, por la tarde, tuvo lugar con carácter oficial el traslado de la nueva bandera republicana, desde la estación férrea a la casa Ayuntamiento. Para este acto había sido previamente invitado todo el vecindario, y de Écija el digno alcalde Don Ricardo Crespo y otros muchos señores de relieve y prestigio, que no sólo concurrieron al acto, sino que también lo hicieron con la presencia de la banda municipal, cedida gratuitamente para este acto por el Municipio de Écija.

Previa reunión de todas las autoridades e invitadas en la casa Ayuntamiento, a las ocho, procedió el desfile hacia la estación a los acordes de la Marsellesa y el himno de Riego, admirablemente interpretados por la banda municipal ecijana.

En la estación resultó un acto emocionante el momento de descubrir e izar la nueva bandera, reinando un profundo silencio, interrumpido por las niñas de la escuela, que lindamente entonaron himnos a la bandera y a los héroes de la República.

Sin embargo, este hermoso acto, tuvo un momento de agravio. Sin saber cómo, ni quién lo ordenó, vimos aparecer la nueva bandera tricolor, llevándola un concejal monárquico.



Esta bandera, tan flamante, tan nueva y tan resplandeciente, lleva en triunfo por quien el día 12 de Abril trató de pisotearla y de que siguiera en la tumba que le trazó la monarquía. Este señor concejal que trató de llevarla, actualmente acatará la República, pero no es digno de pasear en triunfo la primera bandera republicana, poniéndose delante de personas que ayudaron con su voto el día 12 para que resucitara, exponiendo su vida y hacienda. Tan pronto como se vio aparecer la bandera de esa forma, se sintió en el público un murmullo de desagrado y las caras, antes alegres, se volvían tristes, era que su sangre aflucía a su cerebro al ver la injusticia que se cometía con la immaculada bandera republicana; más el ilustre alcalde, republicano de verdad, de Écija, don Ricardo Crespo, que se dio cuenta de lo que ocurría, tuvo un rasgo generoso, digno de su probado talento, se adelantó hacia el que llevaba la bandera, tomándola en sus manos y las caras que estaban tristes, volvieron a tornarse alegres y renació la calma.



El acto realizado por el señor Crespo evitó que hubieran ocurrido incidentes lamentables. En Luisiana vienen ocurriendo cosillas raras. No parece sino que existen aquellos ocultos duendes que leemos en los cuentos de Calleja, que realizan actos inexplicables que van contra la razón y el buen sentido.

Una vez la bandera en el Ayuntamiento, fue colocada en alto a las puertas del edificio, Previamente había sido instado en la plaza un tablado pequeño, desde donde poder dirigir la palabra al público y por toda la plaza muchas hileras de sillas, donde tomaron asiento la mayor parte del mucho público allí congregado.

Primeramente hizo la presentación de los oradores el alcalde Don José Camuñas y a continuación hizo de la palabra Don Rafael González, Jefe de Policía en Écija. Se extiende en consideraciones a los niños que han asistido a la estación cantando los himnos de los héroes. Dice que cuando sean hombres recordarán este acto y la era de persecución que existía por el solo hecho de pedir pan y exhorta a que se procure que los niños no recuerden, que se les borre el horror y la infancia de esta época de vergüenza. Al final fue grandemente aplaudido. En segundo lugar se levantó a hablar don Manuel Fernández Segura, presidente de la Juventud Republicana de Écija.

Dice que había requerido por los de La Luisiana, en representación de los republicanos de Écija. Aunque por si no es apropiado para dirigir la palabra, lo hace por puro patriotismo. Rinde tributo de admiración a las niñas que han entonado el himno de los héroes y al pueblo de La Luisiana y Écija.

Alienta a las masas obreras para que en las elecciones próximas no den su voto a los que se han hecho republicanos recientemente, sino a los de los héroes de Galán y García Hernández, y que piensen bien el acto de decidir su voto. Expone que son candidatos para diputados don Ricardo Crespo, republicano federal y don Manuel Barrios, socialista. Ensalza a don Ricardo Crespo, diciendo que es hombre que hace cumplir las leyes y que expuso su vida y hacienda por la República. Manifiesta que el sufragio, por miras al hombre, no satisface; por los ideales será de justicia, siendo al final grandemente aplaudido.

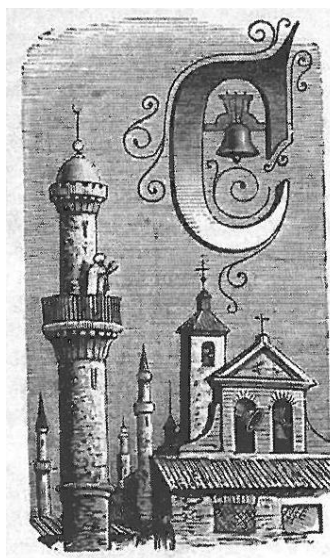
Acto seguido, hizo uso de la palabra don Ricardo Crespo, alcalde de Écija. Al levantarse fue saludado con una salva de aplausos, que durante algunos segundos impidieron que el orador hablara. Comienza haciendo un canto al 14 de Abril, señalando las emociones experimentadas cuando el teléfono anunció la proclamación de la República. Manifiesta que al recoger la bandera en la estación sintió en anhelo de vivir y

morir envuelto en ella, que la bandera es la enseña de todos los españoles y que él quiere al que vive con el corazón puesto en España.

Aconseja que en las elecciones al dar los votos no atiendan al nombre de los candidatos, si no se merecen respeto sus ideas. Hace alusión al régimen caído, poniendo de relieve el desastre del Barranco del Lobo y la muerte de los miles de españoles en África. Expresa que irán juntos a las elecciones, republicanos y socialistas, haciendo resaltar el hecho de que si antes fueron unidos también deben ir ahora y si alguien trata de borrar algún nombre de los candidatos que borre el suyo.

Aconseja a los obreros que procuren conservar la República, que deben tener trabajo y ganar para sustentarse; que el obrero no puede solamente con dos pesetas, pero también dice que el obrero no exija mucho a los patronos para no arruinarlos y termina diciendo que estuvo en Madrid y vio que los asuntos de Andalucía no lo conocían los madrileños en Madrid; apenas se oía su voz por ser la de un alcalde, pero que si llega a ser diputado, se oirá mejor. Ovación y vivas a don Ricardo y con ello terminó el acto”.

Voy a terminar hoy, en este mes de Octubre, antesala al de Noviembre (mes de los santos y difuntos en su inicio, en el que, en el cielo astigitano,



doblarán las campanas de sus torres y espadañas, por el alma de aquellos que nos dejaron), con un trozo de literatura, de lo más hermoso que sobre campanas he podido leer y que fue obra del ecijano Benito Mas y Prat, **el año de 1884**, que aparece publicado en **Almanaque de la Ilustración**, bajo el título de **ALMINARES, TORRES Y CAMPANARIOS**, del que recojo lo relacionado con Écija y dice así:

“Cuando recorremos las poblaciones andaluzas, solicitan siempre nuestra atención las flechas, veletas, agujas y espadañas que decoran de pintoresca manera sus términos y dan a sus perspectivas ese extraño tono de los paisajes japoneses, en los que tanto abundan las torrecillas puntiagudas, alzadas sobre hojarascas vivas y lujuriosas flores. Ciudades hay en Andalucía que, como he dicho en otra ocasión, tienen tantas torres como lanzas el cuadro de Velázquez y si el fuego del cielo, como ya lo ha intentado más de una vez, lograra robar a alguna de ellas esas notables presas que se llaman Girdas o Torres del Oro, no habría un solo andaluz que dejara de entonar el *Tibi soli peccavi*, cual si presintiera el comienzo de los días apocalípticos...

... Recordaré siempre el crescendo de las calendas de San Pedro, tocado con notable arte por los pequeños campaneros de la iglesia de Santa María de Écija, en el mes de Junio. Aquel golpear acompasado, que va aumentando lentamente como río que sube y sube hasta desbordarse con sonoro estruendo; aquel apianar del bronce, después de la nota más alta, semejante al trueno que se aleja o a la bandada de aves canoras que desaparece poco a poco; aquel contraste de golpes de yunque y de suaves latidos, producían en mí tan extraño efecto, que más de una vez me hicieron inclinar la cabeza tristemente, sumiéndome en pensamientos inexplicables y en nebulosas cavilaciones. Las campanas de Santa María de Écija, que han volteado en mi natalicio y han doblado en los funerales de mis padres, tienen para mí tal encanto, que las conocería en un concierto universal de bronce cristianos; hay algo del fonógrafo en los campanarios de nuestros pueblos; parecen guardar en misteriosas urnas las voces de los seres queridos...

... Hay en Écija tal número de campanarios, que bien puede permitírseme la metáfora usada al comenzar este apunte: vistos desde lejos parecen un bosque de lanzas. El pueblo tiene predilecciones por ellos, y si la piqueta revolucionaria o la mano del tiempo

ha herido torres como la de los Jerónimos del Valle, o espadañas como la del Espíritu Santo, restan aún tantas, airoosas, delicadas y bellas, que, a ser posible trasladarlas de un punto a otro, podría bordarse la provincia con sus veletas.

Allí, como en toda Andalucía, y acaso más que en parte alguna, tuvieron las campanas su imperio desde el reinado de los Reyes Católicos y bien puede asegurarse que Mendizábal sacó de Écija en 1837 más quintales de bronce que del resto de la región andaluza. Hoy se conservan aún campanas, como la de la iglesia parroquial de Santa Cruz, que pesan 2.600 kilogramos.

Las torres de planta romana y de proporciones majestuosas son muchas; pero lo verdaderamente típico y original son las espadañas y campanarios de sus conventos, ora adornados de azulejos brillantes, ora cubiertos de labores platerescas, ora cercados de primorosas mirillas, semejantes a paños de ligero tul, tras cuyos labrados hierros descúbranse las siluetas de las novicias campaneras, como fantásticas apariciones que tienen por fondo el azulejo celaje.

Corrían, y aún se conservan en Sevilla, picantes diálogos en que intervenían las campanas; en Écija sucedió otro tanto, aunque el sentido de estos, que no era más que inconscientes ensayos de onomatopeya, fue más cándido y pudoroso.

Las monjas Marroquíes (así son llamadas vulgarmente las del hábito de la Concepción) y las Florentinas tienen en sus campanarios sonoras esquilillas, que repican locamente a las oraciones; algunos chicuelos dicen al oír las:

Las monjas Marroquíes,
son, son, son
como alelíos.
Las monjas Florentinas,
son, son, son
como clavellinas.

Debo a un episodio en extremo sencillo, aunque hasta cierto punto romántico, el recuerdo de estos alardes de onomatopeya popular, inspirados en el clamoreo de las esquilas de dos de los más celebrados conventos de monjas de Écija.



Contaba yo apenas doce años, y solía pasar las tardes en el terrado de mi casa paterna, desde el cual se divisaban perfectamente los campanarios citados. Dos azoteas vecinas alzábanse a uno y otro lado, y casi a la misma altura, dominando, como la mía, los tejados y los miradores próximos; la una era amplia, decorada, ostentosa, llena de porcelanas y flores; la otra, estrecha, humilde, comida de verdina, luciendo tan sólo algunos planteles de alelíos y varios tiestos de albahaca.

En la una jugaba, casi todas las tardes, cierta niña de mi misma edad, rosada, fresca, mórbida, semejante a una de aquellas clavellinas rojas de los macetones del terrado; en la otra miraba a todas horas la musarañas mi vecina número dos, niña también de pocos años, pálida, marchita, escuálida, que se parecía como una flor a otra a los alelíos de los desboquillados tiestos que lucían a veces en la balaustrada.



Cuando mis árduas ocupaciones vespertinas -remontar mi cometa y dar de comer a mis palomas- me permitían dirigir la palabra a las vecinas, siempre solía conversar con la de la azotea de los macetones; esta, no sólo me agradaba más por su cara, sino también por sus ropas. En efecto, Carmela, como niña rica, lucía botitas de charol, medias de seda y telas tomadas de encajes; mientras Julia, como menestralilla pobre, sólo usaba zapato de becerro, medias de algodón y vestidos de percal, no siempre desprovistos de desgarrones.

Las tardes en que no subía al terrado Carmela, mi reina en miniatura, dignábame yo bromear con Julia, a quien agradaban mucho mis menores atenciones; sin embargo, no dejé escapar por ella, ni una sola vez, la tramilla de mi pandero ni la paloma más querida.

Pocas veces nos reuníamos los tres, aún cuando era cosa fácil pasar de azotea a azotea, salvando las ligeras separaciones de ladrilla; sólo una hermosa tarde de Abril, en la que llovía con sol, como suele acontecer con frecuencia en Andalucía, nos agrupamos para guarecernos del agua bajo el tejadillo de madera de mi palomar, entreteniéndonos en cantar a coro la siguiente copilla, que saben de memoria todos los chicuelos andaluces:

¡Agua Dios, que viene Mayo!
Que se moje el campanario;
salga una, salgan dos,
salga la Madre de Dios
en un caballito blanco,
paseando todo el campo.
Campo chiquito,
verde y con sol,
repique, repique
la iglesia mayor.

Desde aquella tarde, Julia, notando los cuidados que yo prodigaba a Carmela, se puso grave y seria conmigo hasta un punto maravilloso, y como elogiara, antes de separarme de ella, los encendidos colores de la aristócrata, frotóse cándidamente las mejillas con una rosa, hasta deshojarla por completo, y me dijo, usando de cierto tonillo duro y presuntuoso:

¡Si yo fuera rica, estaría colorada como ella...!

Omito detalles, que serían insignificantes, dada la escasa importancia de este relato infantil; yo logré ser el novio de Carmela y de Julia largamente.

Un día, que esperaba a mi diminuta adorada, hallé en la azotea a Julia, que me preguntó, clavando en mi rostro sus grandes ojos azules:

- Las monjas Florentinas son como las clavellinas, ¿no es cierto?

- ¡Y las Marroquíes, como alelíos!- añadí yo, terminando el cándido juego de onomatopeya.

- ¡Pues bien, dijo, yo seré la clavellina de aquel campanario!...

En estas palabras, como he podido adivinar después, encerrábase un delicado simbolismo; el campanario de las Florentinas se alzaba al lado de las azoteas de Carmela, como al lado de la de aquella el de la Concepción; además los alfajores que tan bien hacen las primeras, eran el dulce favorito de Julia, mientras que los bizcochos celebrados de las Marroquíes hacían la delicia de la caprichosa Carmela.

Estoy seguro de que pensé preguntar a la pobre Julia lo que me quería decir con aquellas palabras; pero asomaba al otro lado de la azotea la picaresca y bien peinada cabeza de Carmen y me fui a contarle cuentos de pescadores y princesas.



Dejamos de ver a Julia varias tardes. Esto no era extraño; la niña sufría fiebres pertinaces, que la obligaban a guardar cama semanas enteras.

Una tarde de Mayo, charlábamos Carmela y yo como pájaros, cuando sentimos resonar de modo extraño una campana próxima. Llamándonos la atención el que las madres subieran tan pronto al campanario a preparar el toque de oraciones, dirigimos la vista a la torrecilla triangular, bañada aún por el sol poniente, y ¡cuál no sería nuestra sorpresa al reconocer a Julia, cubierta con sus arreos de novicia y convertida en florentina campanera!

Carmela agitó su pañuelo y mi antigua vecina correspondió a aquel saludo, llevándose el suyo al corazón y a los ojos; cuando yo le hice señas con el mío, me pareció que se había cubierto el rostro con las manos. Siete días tan sólo turbaron nuestras infantiles pláticas las esquilas del campanario de las Florentinas, que golpeaba Julia dulcemente. Sin duda, como otras muchas, tenían extraña virtud aquellas campanas.

Carmelita tuvo que vestirse de largo aquella misma semana y partió alegre y dichosa para la corte a pesar una eterna temporada con su aristocrática familia; cuando volvió se hallaba en relaciones con cierto pariente suyo, más feo que rico, y más entrado en años que en malicias, y no se acordaba ya de mí.

Es verdad que tenía coche y matrimonio en perspectiva. Desde entonces tomé, no sé por qué, ojeriza a las cometas, a las azoteas y a las campanas, y me consolé del olvido de Carmen comprando un perro perdiguero y una escopeta. El perro se llamaba *Lea* y se encargó de desplumar a aquellas de mis palomas que no cayeron en las trampas de los palomares vecinos.

Pocos meses después, en una apacible tarde de otoño, oí doblar las campanas del convento de Julia. Al propio tiempo, en el piano de la casa próxima, una voz fresca y juvenil, acaso la de Carmela -que aún no había doblado el cuello al santo nudo- cantaba esta conocida malagueña:

Si oyes doblar las campanas
no preguntes quién ha muerto,
que te lo habrá de decir
tu propio remordimiento.

Subí a la azotea, arrastrado por la irresistible fuerza de lo inconsciente y miré hacia el convento de las Florentinas. El resplandor de algunos cirios iluminaba el grupo de cipreses y el ángulo del patio que desde mi terrado se descubría, y allá, en lo alto, en la graciosa espadaña, una madre rechoncha, antipática y nariguda tocaba con aire descompuesto las campanas".



Se podrá escribir igual que lo hacía el ecijano Benito Mas y Prat, pero mejor, imposible. Sus palabras, frases, relatos, poesías... están llenas de una calidad literaria imposible de mejorar y la dulzura de lo que hoy he transcrito, me ha dejado una paz dentro del alma, que me va a hacer descansar plácidamente el día de hoy, esperando que a usted, querida/o lector, le ocurra igual que a mí.